

EL CRUJIDO DE LA SEDA

ANTOLOGÍA DE MICRORRELATOS

Volver al punto de partida

Un fantasma soñó que era una sábana amarillenta, seca y tiesa. Cuando despertó nadie escuchó sus gritos, salvo la tierra y los gusanos que por tanto tiempo lo habían acompañado.

Agradecimientos

Agradezco que no me hayas amado como lo hubiera querido. Somos dos fantasmas que no tienen de dónde agarrarse. Hubiéramos besado el aire, dado abrazos al espacio vacío. Y no hay nada peor que enamorarse de la transparencia.

El significado del zen

Y no pensar en nada

A la rru rru nena no te duermas nunca, no pegues pestaña ni labios, quédate despierta mirándome, recuerda el color del odio que te tengo, recuerda que tus ojos son mis ojos, que has heredado la misma confusión inútil, la esperanza de un tal vez mañana. A la rru rru, me canto otras canciones antiguas de radio chicharra, meciéndote en mis brazos las palabras que él dijo antes de irse, mucho antes, cuando el amor podía ser deletreado, cuando galopaba mi noche entera, besando la orilla del abismo, ayudándome a recobrar el aliento del deseo. No hay palabra que pueda definir el antes, nunca entenderás que la tristeza eres tú misma. A la rru rru muerte, viniste a nacer porque no hubo más remedio, por un simple asunto de gravedad caíste entre mis piernas y no lloraste, no lo harás, como si supieras que las lágrimas no solucionan nada, aunque te remezca y pellizque tus manos no lo harás; lo sé porque te miro y una voz monótona responde por ti, un mamamamá de muñeca a pilas, la que permanecerá conmigo, sin molestar ni siquiera un segundo, sin cagar todo el día o gemir de hambre, de frío, de poco cariño.

Actos cotidianos

Vino la Muerte a verme, la dejé entrar, le serví té con galletas, después le mostré fotografías familiares. Hablamos de tantas cosas, también nos reímos de otras. Cuando oscureció, la acompañé al paradero. No pasó nunca el bus. Tuve que prestarle plata para un taxi porque ella vive muy lejos. A la vuelta, compré cigarrillos y no pude encontrar mi casa; di vueltas por calles que ya me eran desconocidas. Le pregunté a un policía pero él me miró como si hubiese sido un fantasma: salió corriendo. Lo mismo me pasó con una señora que paseaba a su perro y con los repartidores del gas.

Han pasado los días y yo aún no doy con mi casa. Más encima se me quedó el horno prendido, y la reja abierta de par en par. Con la delincuencia que hay ahora... Ojalá no pase nada.

Pequeño Cielo

La mujer caminaba por las calles del centro de la ciudad cuando recordó que ya era la hora de ir al Pequeño Cielo. Tomó atajos y esquivó a la gente que se agolpaba en las vitrinas de las tiendas. Miró la hora y se apresuró. No pudo correr sobre los adoquines resbalosos por la fina lluvia que ya comenzaba a caer. Maldijo la garúa que humedecería su pelo y dejaría agujas de agua en su abrigo negro. Solo faltaban cinco minutos.

El Pequeño Cielo estaba a pocas cuadras, en la terraza de un viejo edificio de ocho pisos sin ascensor. Mientras casi corría, la mujer fue olvidando episodios de su vida: el juego del elástico, el repaso de la letra «eme» para el examen de caligrafía, las desinencias del latín, el amor a la lingüística y al profesor, el nombre de sus hijos, la decepción mal escrita y dividida por un océano.

Todo fue quedando atrás, y ella quiso estar hermosa para ingresar a aquel sitio. Deseó que la belleza le golpeará la cara y se la iluminara, como un rayo amnésico. Subió los escalones de dos en dos; luego, de tres en tres. Había llegado con unos minutos de retraso y sudor entre los pechos. Abrió la portezuela que daba a la terraza.

La mujer alzó los brazos y no trató de equilibrarse. Tampoco miró hacia abajo. Era cosa de dar un paso y ya estaría en el Pequeño Cielo.

El viento fue su aliado: hizo temblar las antenas y, en torbellinos, elevó cartas, envoltorios de caramelos y uno que otro pañuelo desechable.

Sueño del pájaro

A Pau y Ricardo

Un pájaro soñó que era Chuang Tzu. Al despertar tenía brazos y no alas. Triste porque ya no podía volar, se dedicó a escribir. Una mariposa se posó en su ala y le dijo: «No has despertado aún».